



Cada oveja con su pareja



La juventud siempre ha sido un escándalo, la madurez un aburrimiento y la vejez una humillación. Los que esperaban que de la pandemia saliésemos —si es que salimos...— transformados en otra cosa, van listos. Por lo visto este verano, los jóvenes han decidido arrasar el prudente confinamiento rompiendo puertas y ventanas: con el lema feminista sólo coinciden en lo de borrachos (sin duda su parte más interesante), pero ni quieren estar solos sino acompañados por muchos ni desde luego les apetece volver a casa

No sé si se han fijado bien: los chicos y las chicas llegan del verano como si les hubieran echado centramina en el Nestea, descuadernados por completo, desgobernados, no hacen ni el huevo, se acuestan tarde, van a la nevera a picotear en gallináceo vuelo aprovechando que su madre y su padre han vuelto ya a trabajar y tienen el estómago cerrado. Así que las verdaderas vacaciones del adulto comienzan cuando por fin empieza el colegio bendito. Las vacaciones de niños, digo. Que son más vacaciones que las vacaciones. Los míos (como todos) salieron esta semana para regresar definitivamente de modo presencial a las aulas después de 17 meses marcianísimos. De la experiencia se deduce que, gracias a la escuela, no sólo los niños pueden aprender algo, sino que los padres podemos volver a cagarla a tiempo completo en el trabajo. Al menos volver. Poco a poco. A la oficina, al silencio, a los horarios, al tictac del orden.

Al severo Otegi no le gustan los botellones vascos donde se rompe mobiliario urbano y se agrade a los ertzainas. Le parecen formas de diversión neoliberales (los neoliberales son los que confunden libertad y libertinaje, como Díaz Ayuso). Él prefiere los homenajes a los viejos etarras, los que asesinaron policías y volaron Hipercos. Aquellos muchachos eran más responsables. Lo cantó Rubén Darío: “Juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver. Cuando quiero llorar no lloro y a veces lloro sin querer...”. Pues será eso.

No obstante, el uniforme escolar, introducido para infundir prestigio y orden social, se ha ido transformando poco a poco en un símbolo, ha salido de las aulas y se ha convertido en tendencia —en equilibrio entre la experimentación de alta costura y la inspiración de un estilo rebelde—, y ha llegado a formar parte de algunos momentos memorables de la cultura pop: ¿cómo olvidar el icónico traje amarillo de cuadros de Cher Horowitz, personaje interpretado por Alicia Silverston en *Clueless* (Fuera de onda), el atrevido conjunto que lleva Britney Spears en el vídeo *Baby One More Time* o el inquietante uniforme de Go Go Yubari, interpretada por Chiaki Kuriyama en *Kill Bill*?

Americana o jersey con escudo, camisa o polo, pantalones chinos o falda plisada —escocesa o lisa— y calcetines hasta la rodilla. Septiembre ya está aquí. Y con él, la vuelta al cole y a los uniformes escolares.

Un periodista me llamó para preguntarme si los botellones juveniles me parecían un escándalo antisocial. Traté de recordar: a los 20 años no fui ni casto, ni abstemio, ni obediente. Y si ahora recuperase de milagro aquella subversiva edad, seguro que no estaría lejos de los escandalosos y sobre todo y ante todo, de las escandalosas.

De modo que contesté que no, que el diablo me lleve si aún me busca. Me niego a asumir el destino de los viejos: dar buenos consejos a falta de poder dar malos ejemplos. En las plagas de las que se guarda memoria, y ya van siendo muchas, los jóvenes se han dedicado antes o después a la orgía y los viejos a la oración. Bajas abundaron en todas las franjas de edad, hasta el punto de que nadie sabe qué es mejor, si ser joven desenfrenado o viejo implorante...

Cuando eres padre y llega septiembre, existe un breve período que se te hace interminable como cuñado en jornada electoral, que es ese tiempo que va entre que llegas a tu casa porque has gastado ya todos los días, te pones a currar taciturno a la mañana siguiente y los hijos permanecen allí asilvestrados en el salón, un día tras otro, comiendo lo que cazan con las manos, despeinados y morenos y llenos de arena, botando como monos como si ese día también tocara el Fifa, la playa o el botellón.

No existe una historia real escrita sobre el origen de los uniformes escolares. El primer documento que habla de un uso formal de un «traje académico» data de 1222, cuando Stephen Langton, el entonces arzobispo de Canterbury, ordenó al Concilio de Oxford que sus alumnos vistiesen la cappa clausa, una prenda parecida a una túnica que se convirtió en el accesorio principal de la vestimenta académica en las universidades de Oxford, París y Bolonia. Sin embargo, la difusión generalizada del uniforme escolar parece remontarse al reinado de Enrique VIII: los alumnos de la London Christ Hospital School, escuela de la caridad del condado de Sussex que se ocupaba de la educación de niños pobres y huérfanos, vestían uniformes no muy diferentes de los que se pueden ver en escuelas actuales. Lo curioso es que los uniformes, que ahora suelen asociarse a una educación de élite, estaban inicialmente destinados a los niños más pobres. Luego, con la llegada de la industrialización, las escuelas de la beneficencia sirvieron de modelo para otros centros educativos, que adoptaron los uniformes para dotarse de un tono más serio y disciplinado.

Gracias a la cultura pop, al cine y a las series de televisión —la estética de Gossip Girl sigue siendo tendencia hoy en día—, el uniforme escolar, una prenda aparentemente sencilla y aburrida, creada e impuesta para infundir el orden social, se ha subido a las pasarelas de la alta costura, ha abandonado la estética funcional y ha dejado de lado el conformismo estético para dar rienda suelta a la creatividad y convertirse en una de las tendencias de moda más populares. Quizás ponerse el uniforme no sea, al fin y al cabo, un gesto tan aburrido.

Amor y odio: estos son los sentimientos que suscita a menudo esta prenda. El uniforme nos iguala. No te hace perder tiempo por la mañana —te ahorra dolores de cabeza, no tienes que pensar cada día en qué ponerte y puedes quedarte en brazos de Morfeo «cinco minutitos más» —, pero no deja mucho margen a la personalidad de cada uno y, seamos sinceros, llevar lo mismo todos los días puede resultar bastante aburrido.

A mí todo esto de no saber apreciar las cosas como debíamos me recuerda al cuadro aquel de Joaquín Sorolla sobre la gente que se bate el cobre en el mar por nosotros. En 1894, el pintor valenciano alumbró un cuadro maravilloso que hoy está colgado en el Museo del Prado y que muestra el interior de una bodega de un barco pesquero. En la escena, dos personas atienden a un marinero moribundo que acaba de sufrir un accidente faenando. Pero yo ahí en el cuadro veo a un maestro en vez de a un marinero. Y veo un aula en lugar de una bodega. Y veo a dos compañeros suyos tratando de reanimarlo en el claustro de profesores en septiembre. El cuadro se titula ¡Aún dicen que el pescado es caro! Pues nada. Que eso mismo le dije yo a mi mujer el miércoles, cuando por fin devolvimos la ganadería al corral: "Poco le pagamos al colegio, tú".

El uniforme escolar, el orden social y la cultura pop

14 de septiembre 2021

por Eleonora Montanari YOROKOBU

Americana o jersey con escudo, camisa o polo, pantalones chinos o falda plisada — escocesa o lisa— y calcetines hasta la rodilla. Septiembre ya está aquí. Y con él, la vuelta al cole y a los uniformes escolares.



Amor y odio: estos son los sentimientos que suscita a menudo esta prenda. El uniforme nos iguala. No te hace perder tiempo por la mañana —te ahorra dolores de cabeza, no tienes que pensar cada día en qué ponerte y puedes quedarte en brazos de Morfeo «cinco minutitos más»—, pero no deja mucho margen a la personalidad de cada uno y, seamos sinceros, llevar lo mismo todos los días puede resultar bastante aburrido.

No existe una historia real escrita sobre el origen de los uniformes escolares. El primer documento que habla de un uso formal de un «traje académico» data de 1222, cuando Stephen Langton, el entonces arzobispo de Canterbury, ordenó al Concilio de Oxford que sus alumnos vistiesen la cappa clausa, una prenda parecida a una túnica que se convirtió en el accesorio principal de la vestimenta académica en las universidades de Oxford, París y Bolonia.

Sin embargo, la difusión generalizada del uniforme escolar parece remontarse al reinado de Enrique VIII: los alumnos de la London Christ Hospital School, escuela de la caridad del condado de Sussex que se ocupaba de la educación de niños pobres y huérfanos, vestían uniformes no muy diferentes de los que se pueden ver en escuelas actuales.

Lo curioso es que los uniformes, que ahora suelen asociarse a una educación de élite, estaban inicialmente destinados a los niños más pobres. Luego, con la llegada de la industrialización, las escuelas de la beneficencia sirvieron de modelo para otros centros educativos, que adoptaron los uniformes para dotarse de un tono más serio y disciplinado.

No obstante, el uniforme escolar, introducido para infundir prestigio y orden social, se ha ido transformando poco a poco en un símbolo, ha salido de las aulas y se ha convertido en tendencia —en equilibrio entre la experimentación de alta costura y la inspiración de un estilo rebelde—, y ha llegado a formar parte de algunos momentos memorables de la cultura pop: ¿cómo olvidar el icónico traje amarillo de cuadros de Cher Horowitz, personaje interpretado por Alicia Silverston en Clueless (Fuera de onda), el atrevido conjunto que lleva Britney Spears en el vídeo Baby One More Time o el inquietante uniforme de Go Go Yubari, interpretada por Chiaki Kuriyama en Kill Bill?

Gracias a la cultura pop, al cine y a las series de televisión —la estética de Gossip Girl sigue siendo tendencia hoy en día—, el uniforme escolar, una prenda aparentemente sencilla y aburrida, creada e impuesta para infundir el orden social, se ha subido a las pasarelas de la alta costura, ha abandonado la estética funcional y ha dejado de lado el conformismo estético para dar rienda suelta a la creatividad y convertirse en una de las tendencias de moda más populares.

Quizás ponerse el uniforme no sea, al fin y al cabo, un gesto tan aburrido.

BOTELLONES

FERNANDO SAVATER, EL PAÍS, 11 de septiembre de 2021

La juventud siempre ha sido un escándalo, la madurez un aburrimiento y la vejez una humillación. Los que esperaban que de la pandemia saliésemos —si es que



salimos... — transformados en otra cosa, van listos. Por lo visto este verano, los jóvenes han decidido arrasar el prudente confinamiento rompiendo puertas y ventanas: con el lema feminista sólo coinciden en lo de borrachos (sin duda su parte más interesante), pero ni quieren estar solos sino acompañados por muchos ni desde luego les apetece volver a casa. Un periodista me llamó para preguntarme si los botellones juveniles me parecían un escándalo antisocial. Traté de recordar: a los 20 años no fui ni casto, ni abstemio, ni obediente. Y si ahora recuperase de milagro aquella subversiva edad, seguro que no estaría lejos de los escandalosos y sobre todo y ante todo, de las escandalosas. De modo que contesté que no, que el diablo me lleve si aún me busca. Me niego a asumir el destino de los viejos: dar buenos consejos a falta de poder dar malos ejemplos. En las plagas de las que se guarda memoria, y ya van siendo muchas, los jóvenes se han dedicado antes o después a la orgía y los viejos a la oración. Bajas abundaron en todas las franjas de edad, hasta el punto de que nadie sabe qué es mejor, si ser joven desenfrenado o viejo implorante...

Al severo Otegi no le gustan los botellones vascos donde se rompe mobiliario urbano y se agrede a los ertzainas. Le parecen formas de diversión neoliberales (los liberales son los que confunden libertad y libertinaje, como Díaz Ayuso). Él prefiere los homenajes a los viejos etarras, los que asesinaron policías y volaron Hipercores. Aquellos muchachos eran más responsables. Lo cantó Rubén Darío: "Juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver. Cuando quiero llorar no lloro y a veces lloro sin querer...". Pues será eso.

Aún dicen que el colegio es caro

PEDRO SIMÓN, EL MUNDO 12 de septiembre de 2021

Cuando eres padre y llega septiembre, existe un breve período que se te hace interminable como cuñado en jornada electoral, que es ese tiempo que va entre que llegas a tu casa porque has gastado ya todos los días, te pones a currar taciturno a la mañana siguiente y los hijos permanecen allí asilvestrados en el salón, un día tras otro, comiendo lo que cazan con las manos, despeinados y morenos y llenos de arena, botando como monos como si ese día también tocara el Fifa, la playa o el botellón.



No sé si se han fijado bien: los chicos y las chicas llegan del verano como si les hubieran echado centramina en el Nestea, descuadernados por completo, desgobernados, no hacen ni el huevo, se acuestan tarde, van a la nevera a picotear en gallináceo vuelo aprovechando que su madre y su padre han vuelto ya a trabajar y tienen el estómago cerrado.

Así que las verdaderas vacaciones del adulto comienzan cuando por fin empieza el colegio bendito. Las vacaciones de niños, digo. Que son más vacaciones que las vacaciones. Los míos (como todos) salieron esta semana para regresar definitivamente de modo presencial a las aulas después de 17 meses marcianísimos. De la experiencia se deduce que, gracias a la escuela, no sólo los niños pueden aprender algo, sino que los padres podemos volver a cagarla a tiempo completo en el trabajo. Al menos volver. Poco a poco. A la oficina, al silencio, a los horarios, al tictac del orden. (...)

A mí todo esto de no saber apreciar las cosas como debiéramos me recuerda al cuadro aquel de Joaquín Sorolla sobre la gente que se bate el cobre en el mar por nosotros. En 1894, el pintor valenciano alumbró un cuadro maravilloso que hoy está colgado en el Museo del Prado y que muestra el interior de una bodega de un barco pesquero. En la escena, dos personas atienden a un marinero moribundo que acaba de sufrir un accidente faenando. Pero yo ahí en el cuadro veo a un maestro en vez de a un marinero. Y veo un aula en lugar de una bodega. Y veo a dos compañeros suyos tratando de reanimarlo en el claustro de profesores en septiembre. El cuadro se titula ¡Aún dicen que el pescado es caro! Pues nada. Que eso mismo le dije yo a mi mujer el miércoles, cuando por fin devolvimos la ganadería al corral: "Poco le pagamos al colegio, tú".